

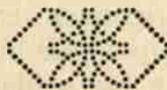
ARTURO PIGA

ASPECTO SOCIAL

DEL

Método Montessori

CONFERENCIA DADA EN LA UNIVERSIDAD
DE CHILE CON MOTIVO DE LA INAUGURACION
DE LA ESCUELA MONTESSORI



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1932

Aspecto social del método Montessori

Mahatma Gandhi no hace mucho tiempo invitó a María Montessori para que en la India personalmente difundiese las principales ideas de su célebre método...

Los más alejados pueblos de la tierra la invitan periódicamente para desarrollar cursos libres o ciclos de conferencias. Y a pesar de contar esta ilustre mujer con más de 60 años de edad, de los cuales la mayor parte dedicados al estudio y al trabajo, acude a todos los llamados con el entusiasmo y la fe que dan la conciencia de una elevada misión.

María Montessori tan pronto se halla en Roma, como en Londres; en París, como en Buenos Aires; en Berlín, como en el corazón mismo de la India; en Estados Unidos o en España. No hay religión ni lenguas; razas o civilizaciones que sean barreras suficientes para levantarse como obstáculos entre las lecciones de su espíritu y el alma de todo un pueblo.

Ayer no más fué recibida en la Facultad de Pedagogía de París. Hoy el Jefe espiritual de la India la llama a su tierra. No ha mucho el pueblo norteamericano la recibió en sus principales instituciones educacionales elogiándola superlativamente. Mañana quizás volverá a la América del Sur. ¿Y qué no decir de los pueblos que a pesar de verse privados de su palabra escuchan a través del libro su admirable enseñanza? China, Japón, Australia... Son más de 28 las naciones que directa e indirectamente siguen su método.

Puede preguntarse entonces, ante este fenómeno casi evangélico de la nueva educación: ¿Qué ha dicho, qué ha pensado, o qué realiza esta notable mujer para conseguir tanta gloria y reconocimiento?

Refiriéndose al niño, María Montessori ha pronunciado una frase de resonancias extrañas que resume todo el alcance y sentido de su obra: «En la historia de la humanidad hay una página en blanco. Y es esa página en blanco que debe comenzar a escribirse».

No creo necesario hablar de su vida. En sus líneas generales es de sobra conocida por todo el mundo. ¿Quién ignora, por ejemplo, que graduada de médico en Roma con brillantes calificaciones triunfó al poco tiempo en un concurso para la cátedra de Antropología de la misma Universidad?

Sus estudios antropológicos, viva expresión del estado materialista de la ciencia de su época, y que la hicieron famosa en toda Europa cuando apenas tenía 25 años, revelan el sentido ideológico y práctico de sus primeras investigaciones. Más adelante, empero, la realidad compleja de la vida y en especial el tratamiento de niños idiotas, imbéciles y epilépticos concluyen por despertarle graves sospechas sobre la utilidad terapéutica de la técnica que había usado hasta ese momento.

Así comienza su admirable carrera. Y desde entonces acepta como postulado fundamental la prevalencia del factor pedagógico sobre el médico en el tratamiento de tales desgraciados. En el año 1898 durante un congreso pedagógico María Montessori dió a conocer sus estudios, y con ello por primera vez en el mundo entero la pedagogía comienza a preocuparse de los individuos deficientes.

Sus experiencias en el terreno de la psiquiatría se hacen extensivas más adelante a los niños normales. El éxito en este nuevo terreno es completo e inesperado. Así debía nacer un nuevo concepto de la individualidad. Y María Montessori abandonando un poco el campo científico hace patentes las enormes deficiencias y errores de la enseñanza tradicional.

En 1913 en Roma anunció su primer curso sobre nueva educación y los buscadores del oro espiritual acudieron de todas partes para escuchar el milagro. Se anunciaba nada menos que la regeneración de la sociedad por obra del niño.

Hasta la fecha ha desarrollado ya 17 cursos internacionales. Y entre la mezcla de razas, religiones, color, lengua y costumbre un lazo férreo e indisoluble ha mantenido siempre unidos los espíritus.

Por lo demás, hay una razón profunda que explica este fenómeno. La vida de nuestros días reviste caracteres sombríos (algunos no entrevén sino el caos. De todos modos nos encontramos al borde de un gran acontecimiento). Parece como si se oyera de nuevo la voz de Yhona amenazando la destrucción de Nínive: «Arrepiéntanse, de otro modo la ciudad será aniquilada».

Mahatma Gandhi junto con María Montessori y otros directores espirituales de nuestro tiempo hacen evocar en sus enseñanzas la voz simbólica y trágica de Babilonia.

Señores: La obra de María Montessori se halla hoy traducida a 18 lenguas en torno a la cual ha nacido un movimiento que ha dado origen al despertar pedagógico más intenso que registra la historia. Gran parte de las tendencias educacionales modernas son derivaciones de Montessori. El Plan Dalton y el Individual Sistema entre otros, por ejemplo, por cuanto sus autores, Mrs. Parkurst y Makinder, fueron discípulas de la doctora Montessori que han logrado aprender y aplicar en diversas formas los

principios de su pedagogía. Por otra parte, uno de los colegios más notables de anormales en Inglaterra, utiliza el célebre método.

ALGUNOS PROBLEMAS QUE COMPRENDE EL ASPECTO SOCIAL DEL MOMENTO

A menudo en el campo de la educación los ideales del adulto se hallan en abierto conflicto con la realidad. Se desea, por ejemplo, que el niño sienta amor hacia el estudio; que realice algunos trabajos con buena voluntad; que sea perfectamente disciplinado. A todo esto se agrega todavía que la familia marche en completa armonía con la educación y el colegio. ¿Hay algo de todo esto siquiera realizado en la Escuela? Hasta el momento el niño en todas las relaciones sociales del adulto ha sido eliminado y en la realidad misma de la escuela apenas si ha sido tomado en cuenta.

¿Qué otra cosa significa, en efecto, la actitud del adulto frente a él cuando imagina que su trabajo coincide con el trabajo que le corresponde al niño, y en consecuencia nada hay más natural que imponerle desde afuera y en la forma autoritaria corriente una determinada actividad?

Y sin embargo, entre el trabajo del individuo adulto y el trabajo del niño, existe una diferencia profunda y sustancial. Por eso entre ambos se engendra una lucha, un persistente y enconado conflicto cuya causa no ha sido posible explicar.

Apenas si existe un educador de tipo tradicional que no haya sufrido hondamente durante el ejercicio de su docencia por esta causa. Hay, efectivamente, en todo trabajo escolar algo así como un motivo enraizado en la subconciencia, sordo, impreciso, pero presente en forma invariable que predispone al niño en contra de su maestro. En algunas oportunidades semejante motivo llega a ser hasta odioso por arbitrario y extemporáneo. ¿No es, por ejemplo, corriente el caso de educadores abnegados y cariñosos que suelen ser blanco de escarnio y tratamientos al parecer inmerecidos por parte de los niños?

En el terreno de la realidad la educación resulta por eso muy poco eficaz y alentadora. Los mayores esfuerzos, los más caros entusiasmos y buenos propósitos concluyen por aventarse en un ambiente donde se respiran la incomprensión y la atmósfera represiva de una autoridad que no cuenta gran cosa en el ánimo de los subordinados. En el sentir de la doctora Montessori existe en esta desinteligencia un grave problema cuya raíz de índole social y moral hasta el momento ha sido del todo desconocida. Falta el estudio profundo del trabajo del niño en su relación con el trabajo del adulto.

El individuo adulto tiene una misión muy clara en su trabajo: cualesquiera que sean sus actividades, siempre persigue la transformación del ambiente, es decir, realiza un trabajo conscientemente y lo pone en

práctica con el esfuerzo continuado y sostenido. En cierto sentido puede hablarse en general de trabajo externo, por cuanto no se preocupa de sí mismo sino que construye o dispone las cosas mediante sus energías en el ambiente que lo rodea.

Este dispendio de energías a favor de determinadas actividades siempre se realiza en armonía con ciertas leyes fundamentales y comunes a todos los seres (cualesquiera que sean las características raciales, sociales o propiamente personales del individuo), porque expresan relaciones de la naturaleza. Son éstas las que se refieren a la división del trabajo por una parte, y por otra, a la adaptación del individuo al trabajo que realiza, exteriorizada claramente en la ley del mínimo esfuerzo.

En el campo de la vida adulta, por desgracia, estas leyes se quebrantan con grave perjuicio para la armonía y tranquilidad de los individuos. La limitación del trabajo produce en efecto la abundancia de brazos, que se traduce luego en encarnizada competencia. La ley del mínimo esfuerzo lleva, por su parte, a la holgazanería y a la moral defectuosa.

El niño encuentra este ambiente creado por y para el individuo adulto. Y debe naturalmente adaptarse a él; pero no le es posible porque sus fuerzas no se lo permiten, ya sea en el orden material o en el razonamiento. La frase simbólica del Evangelio «Mi reino no es de este mundo» bien podría aplicarse al niño.

El ambiente del adulto no calza con la naturaleza y situaciones reales del ser que se halla en formación. En estas circunstancias puede llegar a considerársele como un ser extrasocial que perturba el trabajo organizado del adulto. Es muy frecuente por ello que se le mande a la «escuela» para librarse de él, esperando que la mayor edad lo transforme en un individuo eficiente capaz de adaptarse a nuestro medio. Pero este proscrito de la sociedad creada por y para el ser adulto, recluso en la escuela durante el tiempo que necesita para superar su desarrollo, tiene sin embargo, una misión absolutamente personal e intransferible y de la más formidable importancia. Tiene nada menos que la misión de crear el individuo adulto con sus propias energías, misión maravillosa comparable tan sólo al laborio de la larva que a través de la crisálida da vida al insecto perfecto.

En cambio, nosotros, mandamos al niño a la Escuela para que aprenda a portarse, a respetar al profesor y a estudiar ciertas cosas terribles y oscuras. ¡Cuán diversa resulta así la significación social del trabajo del niño con relación al trabajo del adulto! Este efectúa actos tendientes a la realización de una determinada obra externa; aquél, en cambio, en el reino de las sombras y de la inconsciencia, movido tan sólo por sus inclinaciones y deseos de acción, va creando en virtud de leyes fatales, pero de organización admirable, el hombre que encarnará la generación de mañana.

¿Hay algo más sorprendente y extraño? El hombre se crea de la nada y un soplido divino lo hace superior a todos los demás seres vivientes.

El milagro descrito por los evangelios se repite así continua y eternamente ante nuestros ojos. Y aunque parezca extraño y paradójal, el niño resulta ser el padre del hombre en cuanto que su esencia es creadora a base de la inmensa potencialidad que posee.

La perfección o moralidad del adulto dependen del trabajo regular y perfecto del niño, de su trabajo interior realizado en forma pacífica y natural. Y este trabajo lleno de misterio inconsciente e irresistible no se manifiesta mediante el raciocinio y la teoría sino a través de actos que se efectúan inevitablemente en una determinada dirección y sentido. El movimiento es la llave que crea la individualidad. Tratar de desarrollar el espíritu sin el dominio previo de los músculos, es tan insensato como tratar de extraer el perfume de la semilla que aún no germina.

El desarrollo del niño no se produce porque come y crece, no es un hecho que se produce por sobreposición. Es el admirable resultado de un proceso constructivo por obra de la organización interna. Hay pues, una psiquis latente que cual instinto se difunde a través del despliegue de todo el sistema motor.

El niño que se mueve coordina sus actos, a la vez que adquiere conciencia del mundo exterior. Su lenguaje, así mismo resulta del juego y ejecución controlada de ciertos músculos, mientras paralelamente va desenvolviéndose el precioso instrumento de la inteligencia.

En cada acto cumplido o deseo satisfecho el niño afina sus movimientos y se perfecciona. Por eso realiza una y mil veces un determinado acto con un ritmo de tal lentitud que nosotros no podemos soportar. ¿Quién no ha visto a un niño lavarse las manos, por ejemplo, hasta que la piel irritada está a punto de sangrar y a los pequeñuelos de pocos años jugar ocultándose siempre en el mismo sitio? Para un adulto resultaría incomprensible esta falta de variedad y de misterio. Para el niño, en cambio, no tiene importancia por cuanto lo único que le interesa es la repetición del juego bajo las mismas condiciones.

Es esta la gran cuestión social que envuelve el problema de la educación. Niños y adultos se mueven en planos diversos, poseen ritmos psicológicos diversos, realizan su vida con muy diversos medios y en el horizonte de sus respectivos fines y aspiraciones es imposible que el uno se encuentre con el otro.

En el terreno educacional semejante situación determina importantes y trascendentales consecuencias. El niño que evoluciona hacia el estado adulto, sólo puede desenvolverse por propia cuenta. No podemos sustituirnos a él. El trabajo del niño es único, personal, exclusivo. Su destino, el aislamiento con el carácter de misión, no de egoísmo. Sólo su propio esfuerzo íntimo que se lo da el poder misterioso de la naturaleza, determina el crecimiento en un primer momento, y el individuo formado en una fase terminal.

El adulto sólo puede actuar sobre las cosas, preparar el ambiente, crearle lo necesario para actuar. Lo demás, la formación misma de la

generación futura, es asunto que no puede caer bajo el dominio del maestro ni de nadie.

A primera vista una tal ideología en el terreno de la educación parece exagerada y extrema. Empero, de no ser así, ¿cómo explicar el proceso ulterior de avance y perfeccionamiento de la sociedad? ¿Cómo explicar el progreso que va experimentando el mundo exterior, progreso que no nos pertenece de ninguna manera ya que ni siquiera es previsto por las generaciones anteriores?

Aquí reside, precisamente todo el secreto del perfeccionamiento humano. Nunca los que pasan dicen la última palabra, son los que llegan quienes tienen con relación a aquellos la llave del futuro, mientras se imponen nuevos criterios o modos de acción.

La civilización del adulto será superada fatalmente por el niño de hoy. Es él quien resolverá problemas insolubles, para nosotros y en el ambiente determinará profundas e insospechadas transformaciones.

¿Cómo podemos llamarnos, entonces, maestros del niño si éste tiene por misión resolver problemas que nosotros hemos dejado a medio camino o que, peor aún, ni siquiera hemos intuido a pesar de toda nuestra inteligencia y sabiduría? ¿Quién, aparte del niño, puede atribuirse entonces el raro privilegio de maestro y forjador del futuro?

Cuando se dice que el niño trabaja por propia cuenta, no se pretende sin embargo, abandonarlo a sus propios recursos. Muy por el contrario, la ayuda del maestro debe estar siempre al alcance del niño en el momento y medida que éste la requiera.

El ambiente que se le crea «*ad hoc*» es, desde luego, la primera y gran ayuda. Pero dentro de él el individuo se desenvuelve libremente porque la ayuda externa que se le da no alcanza a tocar en forma directa las diversas modalidades y los diversos grados de madurez del espíritu que se logran conquistar poco a poco con el crecimiento del individuo. De aquí resulta eliminado en primer lugar, por innecesario, el principio de asociación y división del trabajo. En segundo lugar, las leyes ordinarias de la disciplina que rigen la producción del trabajo en la vida adulta no tienen sentido con relación al trabajo infantil. El niño tiene otra clase de disciplina. Y es la disciplina admirable, impresionante que revela fuerzas interiores, mientras el trabajo se efectúa con orden, con entusiasmo, con amor.

¿No es por acaso, este mismo trabajo, serio, interior, realizado por el niño individualmente, la imagen de la vida espiritual del adulto? ¿No es por acaso lo que más se anhela para el perfeccionamiento esta independencia que estimula y recoge por encima de motivos estrechamente materialistas y utilitarios?

Pero la escuela tradicional no se preocupa de esto. Su opresión es firmemente sistemática mientras trata de laminar el alma del niño según un determinado modelo concebido como perfecto o a lo menos deseable para el adulto.

Se piensa que la niñez es desordenada, bulliciosa, con marcada ten-

dencia hacia la irrespetuosidad, atolondrada y por ello necesariamente dispuesta a soportar la fuerte autoridad de los padres y maestros. En efecto el niño no deja de moverse nunca. Es su ley la eterna inquietud, en un ritmo que no debemos variar, tal como el corazón que nunca se detiene antes del instante preciso en que sobreviene la muerte. Pero ¿por qué pensar que esa tendencia irresistible hacia la continua motricidad sea una fuerza abrasadora y violenta que necesite encauzarse con sometimientos continuos y duras reconvenciones?

Contrariamente a todo cuanto se presume en esta dirección, el niño abandonado a sí mismo, en un medio donde existe lo necesario para despertar y entretener su admirable capacidad de trabajo, manifiesta el más impresionante cuadro de orden y control. Aunque el silencio perfecto no puede exigirse en tales circunstancias, en un ambiente donde el niño trabaja con entera espontaneidad, se oye el rumor inevitable de la acción que indica despliegue de energía y vida.

Pero los ánimos se hallan quietos y apacibles. Nadie osa perturbar al camarada vecino o lejano. Todo se desenvuelve en una atmósfera de paz y recogimiento. Todo es armonía y respeto. Acción y espontaneidad. ¿Y qué otra cosa se pide para la sociedad, en los movimientos más avanzados de reivindicación y mayor justicia?

El hombre se ha dicho, con terrible pero profunda filosofía, es un animal insaciable. Y tanto más cuanto mayores son sus recursos. Pero en esta insaciedad estriba su formidable fuerza de perfeccionamiento. Entregado a su vida natural, a la que reclaman fuerzas imposibles de desatender, deviene el ser más admirable de la creación...

Pero para conseguirlo, para llegar al adulto sano y equilibrado, es necesario cuidar del ser que lo lleva en potencia y lo crea. Y el niño es capaz de los más grandes esfuerzos espirituales. Ya Emerson lo dijo simbólicamente: «el niño se halla siempre entre nosotros, viviendo su vida espiritual. Es el nuevo Mesías que desciende continuamente entre los hombres para reconducirlos al reino de los cielos».

La triste realidad de la vida es, por el contrario, la escuela con su ambiente donde nada se halla calculado para el ser que se está formando. ¿No ha reparado ya alguien que un edificio puede servir tanto para una institución de comercio, para una cárcel o para una escuela? ¿Y qué no decir de las deficiencias de orden espiritual?

El niño y el maestro, la infancia y la generación adulta: he aquí los términos antagónicos, irreconciliables en que se define en última instancia el problema de la educación en nuestro tiempo. Entre los seres incomprendidos y que sufren en la sociedad actual, figura también el niño. Le hemos negado hasta ahora su vida apropiada y natural, ¿cómo queremos, entonces que cumpla su misión maravillosa, delicada y difícil? Si a la larva que necesita alimentarse o al ser que, viviendo en el huevo, requerirá con posterioridad la luz solar o el alimento de las hojas tiernas, le negamos todo esto y con ello la posibilidad de crecimiento, ¿cómo podemos pretender que realicen su misión? ¿No es un tremendo castigo

condenar a un ser que necesita desenvolverse según ciertas leyes como por un mandato expreso divino, que viva fuera de su ambiente, contrariado y reducido a la pasividad?

Y bien, todo esto hacemos con el niño cuando no creamos el ambiente de hogar que necesitan sus posibilidades de evolución. Lo condenamos a la inactividad en un mundo de tentaciones, le cegamos los ojos cuando más necesitan ver, inmovilizamos sus músculos en los momentos mismos en que la necesidad de actuar se hace más urgente e inevitable. . .

Cuando el hombre en su infancia necesita nuestra ayuda, lo desoímos. Cuando clama por nuestra protección, lo abandonamos. Cuando solicita nuestra compañía le contestamos con un gesto de fastidio o de cansancio. Cuando se queja porque no encuentra lo que busca, pretendemos someterlo a nuestro arbitrio o respondemos de un modo airado y violento. ¿No es verdaderamente admirable que muchos seres logren sobreponerse a este sombrío tratamiento?

¡Qué otra humanidad resultaría por cierto si el hombre despertase en un regazo de paz y comprensión! ¡Qué nuevas posibilidades de vida se entreverían si al estrecho concepto de escuela para enseñar, derivado en línea recta de las ciencias positivas, se sustituyera el concepto de una mayor comprensión y valorización de la individualidad!

Parece que todo en nuestra Escuela hubiese sido calculado para preparar al individuo hacia la conquista material de la vida. Todo el movimiento científico transformador del ambiente ha quedado en el campo material, y aún cuando significa progresos enormes en sentido económico, por otra parte ha aprisionado entre rieles inflexibles todo el progreso de la vida humana. Los que se dejan impresionar fácilmente por el engrandecimiento y avance mecánico, se imaginan que todo el valor humano consiste en los progresos materiales y con ello pierden el concepto total del proceso del mundo. Más aún, asistiendo a la evolución maravillosa lograda gracias a la ayuda de la ciencia positiva, peregrinamente han creído contrario al progreso todo cuanto no calza con los límites de la ciencia positiva. ¿No bastan por acaso, piensan y sostienen en convencimiento profundo, la enseñanza en los laboratorios y los talleres, en las fábricas y las usinas?

La virtud, el amor a la paz, la formación del hombre sano y sereno, el espíritu evangélico del individuo que se esfuerza por mejorar a los demás, en una palabra, la educación del hombre para el hombre, no cabe por cierto en la ciencia positiva de nuestro tiempo. Y aunque parezca paradójica, la más tremenda de todas cuantas presenta la máquina complicada de nuestra civilización, el hombre con su individualidad y su destino, el hombre y su felicidad, que es la realidad máxima de la vida, permanece como incógnita para la ciencia.

Por eso presenciamos impotentes y con excepticismo el conflicto entre las ignoradas tendencias del espíritu humano y la fascinante conquista exterior del intelecto. Por eso asistimos a la crisis de nuestra civilización, y como lo ha dicho Rathenau poco antes de ser arrebatado cobar-

demente a la vida, el hombre moderno, semejante a Midas, muere de sed en un océano de riqueza.

El hombre sufre y se busca a sí mismo. Es un indigente de tranquilidad y de paz. Busca la estrella del Oriente. Busca una nueva ruta y una nueva educación. Y este es quizás el verdadero carácter histórico de nuestro tiempo, todavía inconsciente para la mayoría de los estudiosos. Creemos que el desarrollo intelectual es el faro de nuestra civilización. Error tremendo, ceguera de perspectiva histórica para interpretar los acontecimientos de la sociedad actual. El verdadero sentido de la vida moderna es el gemido de la conciencia que se busca a sí misma. Y este anhelo es sentido con tanta mayor fuerza, aunque oscuramente, en aquellos países donde el progreso material llegado al ocaso de su crecimiento ha elevado las más fantásticas babeles que permite la ciencia moderna. Es allí en efecto, donde con más ardor se inicia el movimiento espiritual y se busca la nueva ciencia que tienda a la reforma del hombre. Y hoy es ya inevitable. Junto a las leyes de la materia que dan la física y la química, junto a las leyes de la vida que da la biología, se buscan las leyes del espíritu y la sociedad en la educación.

Señores: María Montessori en este nuevo estadio de la historia, en esta nueva fase del progreso humano, en esta tercera dimensión de la vida ocupa un lugar relevante. Y creo puede decirse sin exageración que cual nuevo Galileo o Copérnico, ha venido a revolucionar el pensamiento moderno.

María Montessori es la creadora de la pedagogía experimental. Hace ya más de 25 años que vive y cunde su obra de observación para descubrir las leyes del espíritu y «la casa de bambini» es rigurosamente el admirable laboratorio moderno donde se estudia hoy con método científico el alma del niño.

Los resultados de semejantes estudios han permitido ya la caída de innumerables prejuicios. Se han revelado actividades desconocidas en el individuo y fuerzas ignoradas han permitido la utilización de la energía humana en direcciones del todo imprevistas.

Socialmente una Escuela Montessori adquiere todo el relieve y significado de un símbolo para echar las bases de una nueva sociedad. La libertad en que se mueve el niño trae consigo la emancipación del individuo y con ello la disipación del oscurantismo y fuerzas que oprimen al hombre.

Muchos de los problemas más intrincados y complejos que constituyen la parte central de la sociología comienzan así a despejarse. A la luz de esta nueva educación se presentan como sencillas cuestiones de vida escolar donde el individuo encuentra satisfacción natural a sus tendencias.

¿Quién podría imaginar por ejemplo, con anterioridad a estos hogares infantiles que en el niño de pocos años existen la constancia espontánea para un determinado trabajo, el amor al orden, la capacidad de iniciativa y el esfuerzo para superar el obstáculo sin ayuda ajena, en

una palabra, la tendencia al perfeccionamiento individual? ¿Quién habría podido establecer a priori que el niño busca el ambiente de paz, poniendo en juego la gracia en el movimiento, el respeto al prójimo la bondad en todas sus relaciones con los demás? (Hace algunos días en nuestra escuela un niño de pocos años, el más pequeñuelo, pidió motu proprio una lección de silencio).

Y esto es señores, el mérito formidable del célebre método. Todo cuanto la educación se esforzaba, con escasos resultados, por dar desde el exterior: firmeza de carácter, paciencia y constancia en el trabajo, orden y fuerzas para avanzar, son manifestaciones y virtudes naturales de la vida humana... Buscábamos el oro fuera de nosotros y era nuestra más grande e íntima riqueza.

El hombre tiene capacidad natural de perfeccionamiento. No hay, pues, razón alguna para que la transformación del mundo y el progreso humano no resulten con una mayor rapidez. La sociedad actual ha violentado su propia naturaleza, sus más preciosos dones y recursos. De ahí la lentitud de su avance espiritual y acaso la propia desorientación. El hombre debe encontrarse a sí mismo y aprovechar lo que la naturaleza le ha dado.

En un ambiente Montessori, la organización del trabajo, espontáneamente determinada y dirigida por los intereses de los propios niños lleva a la tranquilidad interior, al goce íntimo de la vida en conformidad con la naturaleza. Es una nueva forma de estructura social que trae la redención humana.

Y es este niño sano y feliz que determinará el hombre grande y libre que todos esperamos. Todos los problemas de la sociedad y cuestiones espirituales deberán resolverse mañana por medio de la educación de hoy. Sólo así el campo material magníficamente enriquecido no podrá ocultar con vergüenza, como sucede hoy, un espíritu enfermo, cubierto de harapos y casi envuelto en las tinieblas de la inconsciencia. Sólo así podrá desaparecer la lucha que nos devora en un mundo donde domina en primera línea el intelectualismo materialista que fascina nuestro tiempo.

Una forma de paz, profunda, llena de actividad y de triunfos será la meta de todas estas conquistas en la nueva educación.

El niño de hoy es una esperanza, la más grande y humana de todas. Procuremos que esa esperanza se haga luminosa realidad, escribiendo así la página de la historia humana que hoy aún permanece en blanco.

ARTURO PIGA.

